

Estudio sociolingüístico del lenguaje del narcotráfico en la región de Caquetá, Colombia

Lina Quiroga¹ y Eva Núñez Méndez²

Resumen: El presente trabajo de investigación presenta un análisis sociolingüístico del español colombiano que se emplea en el contexto del narcotráfico en la región de Caquetá. Solo se puede entender la idiosincrasia lingüística de esta región tomando como punto de partida el marco social del comercio ilegal de drogas de esta zona agrícola y rural del sur de Colombia. En este ámbito se han incorporado al caudal léxico numerosas voces relacionadas con la cosecha, producción y comercialización de estupefacientes, sobre todo de la cocaína, que aparecen en los medios de comunicación y en el lenguaje coloquial diario.

Palabras clave: lenguaje narcotráfico, Caquetá, Colombia, dialecto, español colombiano.

Abstract: This research comprehends a sociolinguistic analysis of Colombian Spanish which needs to be framed under the circumstances of the drug trafficking as a current practice in the region of Caqueta. The linguistic variety and lexicon in this area can only be studied according to this peculiar socioeconomic context of illegal drug trade in the rural and agricultural south of Colombia. Due to this factor, numerous new words and expressions have been added to the general lexicon related to the cultivation, manufacturing, distribution and sale of drugs, especially cocaine. This new vocabulary is current in both the media and colloquial Spanish.

Key words: drug trafficking language, Caqueta, Colombia, dialect, Colombian Spanish.

I. Introducción

El lenguaje de una comunidad lingüística determinada puede ser modificado a través de los fenómenos sociales que tienen lugar en dicho espacio. Esta presunción está apoyada en los desarrollos teóricos de William Labov quien plantea que “no se puede comprender el desarrollo del cambio de un lenguaje fuera de la vida social de la comunidad en la que ocurre” (1983: 31). A su vez, esta suposición es el punto de partida de este trabajo que pretende mostrar cómo el fenómeno del narcotráfico ha sido un factor determinante en la aparición de vocabulario y de nuevos significados en la región de Caquetá, Colombia.



A finales del siglo XIX el suizo Ferdinand de Saussure (1959) expuso sus ideas sobre el análisis estructural del lenguaje y aunque en teoría incluía en éste el entorno social, años después Labov en *Modelos sociolingüísticos*, señaló las contradicciones del “lingüista que trabaja en la tradición saussureana”:

¹. Lina Quiroga acaba de terminar su Master en la Universidad Estatal de Pórtland, Oregón. El presente ensayo lo presentó como trabajo final de investigación bajo la dirección de Eva Núñez Méndez.

². Eva Núñez Méndez se doctoró de la Universidad de Salamanca, España. En la actualidad es profesora titular de lingüística española en la Universidad Estatal de Pórtland, en Oregón, USA.

Siguiendo a Saussure, *langue* ... es la parte social del lenguaje...no existe sino en virtud de una especie de contrato entre los miembros de la comunidad... Curiosamente, sin embargo, el lingüista que trabaja en la tradición saussureana ... no se ocupa de la vida social en absoluto; ... insisten en que las explicaciones de los hechos lingüísticos han de ser realizadas a partir de otros hechos lingüísticos y no de otros datos “externos” acerca del comportamiento social. (1983: 237)

Así, aunque en teoría se incluía la idea de la lengua en relación con el contexto social, la práctica demostraba que este último se excluía de los estudios del cambio lingüístico. Estas ideas se perpetuaron hasta la primera mitad del siglo XX y durante este tiempo no se consideró la valoración social de las variantes lingüísticas. Sin embargo, “ningún cambio ocurre en un vacío social. Incluso la más sistemática mutación en la cadena hablada se produce con una especificidad de tiempo y lugar que exige ser explicada” (Labov 1983). Es por esto que cuando tiene lugar un cambio lingüístico, es indispensable saber y entender qué lo produjo y analizar los fenómenos sociales que están afectando a la comunidad en la que dicha alteración está ocurriendo. Es decir, el contexto que sirve de fondo al cambio. En el caso de este trabajo, es necesario conocer el marco social del tráfico de drogas en el sur de Colombia para entender la idiosincrasia lingüística de esta región.

II. Marco sociopolítico del contexto lingüístico

De acuerdo con la Presidencia de la República “el cultivo, procesamiento y distribución de estupefacientes y demás drogas ilícitas, con fines comerciales, es un fenómeno considerablemente reciente en Colombia” (1988: 7) que empezó en los años sesenta y tuvo un notable aumento en los setenta. Aunque ha invadido todo el país y ha cruzado las fronteras nacionales, ha tenido un especial efecto en la parte sur de la nación debido a que allí se concentra una gran producción de hoja de coca, pasta básica y cocaína (Pampillón 1995).

El departamento de Caquetá, en dicha parte de Colombia, es una región caracterizada por ser un crisol de campesinos, comerciantes y profesionales de todo el país que llegaron a colonizar esta tierra debido al boom del caucho a finales del siglo XIX y más adelante debido a la violencia de los años 40 (Marsh 1983). En la década de los 80, el narcotráfico se había extendido a esta zona de colonización del piedemonte de la cordillera oriental (Presidencia 1988) y esto ocurrió, entre otras razones, por la incapacidad del Estado de ejercer vigilancia en una zona selvática tan amplia y porque su presencia en términos de instituciones y de beneficios es poca o casi nula. Adicionalmente, los funcionarios administrativos y de policía resultaron presa fácil de la corrupción, es decir, el caldo de cultivo propicio para que los grupos del narcotráfico pudieran emerger y operar.

Como el tráfico de estupefacientes es una forma de producción ventajosa en términos de costo–beneficio, otras formas de producción de carácter agrícola que necesitan de créditos y de vías para sacar los productos a los mercados se dejaron de lado. Solo sobrevivió la ganadería, de donde procedía una buena parte de la gente que se incorporó a estas prácticas, pues se necesitaba gente recia, decidida y de acción, algo que es común en la gente que trabaja con el ganado. Además, ya que Caquetá cuenta con una de las producciones bovinas más grandes del país, había suficiente mano de obra.

La economía de la coca comprende toda una cadena de producción que empieza en las selvas de la Amazonia y llega hasta las calles de las grandes ciudades europeas y norteamericanas. Además de muchos que trabajan con el ganado, se

arranca con todo un ejército de campesinos, aventureros, desempleados, desplazados de muy variada proveniencia que tumba el bosque a golpes de hacha y motosierra, espera a que sequen los árboles caídos y continúa con la quema que servirá de abono para la cosecha inicial. Luego vienen la siembra, los cuidados, la cosecha, el procesamiento, la refinación, la comercialización a los intermediarios, los desplazamientos por los corredores de la selva, los ríos, las cordilleras, el mar, el aire; después vienen los recibos de la droga en los centros de distribución en las ciudades.

Todo este proceso está rodeado de diferentes oficios conexos y prácticas sociales que exigen formas específicas para significarlas. Un elemento que las hace especiales es que son prácticas al margen de la ley y que en su comunicación e interacción, los actores deben asegurar el ser entendidos por todos los que están en el negocio, pero, en la medida de lo posible, no ser comprendidos por los que los pueden afectar. Por ejemplo, se cuenta la anécdota de un negociante (de la coca) nuevo al que le intervinieron una llamada telefónica y luego lo capturaron porque la policía sospechó cuando éste afirmó que “tenía 80 novillos debajo de la cama” (novillo es un paquete de un kilogramo de coca empaquetado para ser enviado al mercado internacional). La sospecha se generó porque originalmente un novillo es una res macho en sus primeros años así que es imposible tener 80 de estos debajo de una cama. Por razones como ésta es que hay códigos muy dinámicos que varían según vayan siendo conocidos por los agentes de control.

Factores como el abandono por parte del gobierno central y la corrupción de algunos entes de control han dado pie al fortalecimiento del narcotráfico y le han facilitado permear todas las esferas económicas, políticas y sociales de la región, influenciando poco a poco las prácticas comunicativas. El lenguaje, como elemento fundamental de la interacción social, refleja la influencia de este fenómeno con la incorporación de nuevas palabras y significados, todos relacionados con el flagelo del tráfico de estupefacientes.

III. Trayectoria del cambio léxico y ejemplos

El proceso del cambio léxico se ha estudiado en Colombia principalmente por el Instituto Caro y Cuervo. Montes en su libro *Otros estudios sobre el español de Colombia*, expone, entre otras cosas, una propuesta de clasificación dialectal del español colombiano a la vez que da una ojeada a las diferentes regiones del país. Un problema que se observa es que los cambios de la lengua en Colombia no se han abordado en relación con el fenómeno del narcotráfico. Por ejemplo, cuando Montes habla de la clasificación dialectal del español del territorio nacional, lo hace “tanto en relación con las lenguas indígenas que sobrevivieron en el país como en relación con otras variedades de español de países hermanos y con lenguas extranjeras de países dominantes” (2000: 102). Además, el departamento del Caquetá no aparece incluido dentro de los dos superdialectos colombianos (el costeño y el central andino) o incluso dentro de las zonas interdialectales. Sin embargo, si se tiene en cuenta que a esta zona llegaron gentes de todas partes del país, en realidad podría decirse que allí hay una confluencia de dialectos ya estudiados y que esta es una de las razones por las que no ha sido objeto de numerosos estudios. Asimismo, las muestras de léxico colombiano más representativas se elaboraron antes de que el fenómeno del narcotráfico se hubiera esparcido e infiltrado en la cotidianidad nacional. Del mismo modo, Flórez (1977) también investiga cuestiones del español hablado en Colombia y en su libro *Apuntes de español* hace una lista de léxico pero no incluye nada relacionado específicamente con el departamento de Caquetá o el narcotráfico.

Así, el cambio léxico se ha abordado desde diversos puntos de vista pero no hay trabajos sobre dicha región y las alteraciones relacionadas con un cambio social

como el del narcotráfico. Por el contrario, este escrito no sólo establece dicha conexión sino que rescata aspectos de una zona olvidada del país, conectándolos con un componente actual de la vida regional y nacional.

Como se mencionó con anterioridad, el fenómeno del tráfico de drogas es definitivamente un motor para la creación de nuevos vocablos y significados que se han motivado por la necesidad de establecer un código dinámico de comunicación que signifique nuevas prácticas y que esté por fuera del alcance de los entes de control. Montes en *Motivación y creación léxica en el español de Colombia* expone que:

...La persona que ante una nueva realidad resuelve crear una denominación, no lo hace *ex nihilo* sino siempre dentro de una determinada tradición que le impone ciertos moldes a su creación, claramente motivada o condicionada por la tradición lingüística y espiritual en general de su medio y por la serie de circunstancias concretas que determinan el acto creativo. (1983: 23)

De este modo, los actores del negocio han creado todo un entramado para facilitar una comunicación que les permita pasar desapercibidos. A continuación se presenta, en orden alfabético, una serie de palabras con su significado dentro del contexto específico del narcotráfico en la región del Caquetá. Estas voces y sus significados no están registradas en el *DRAE* y fueron tomadas de la prensa y de conversación con habitantes de la zona.

- **Blancanieves:** cocaína.
- **Cascar:** acción de matar, generalmente con arma de fuego.
- **Cascón** (del verbo cascar): sicario, matón a sueldo.
- **Chongo:** laboratorio donde se procesa la coca, generalmente en la selva.
- **Cocina:** diferente denominación para el laboratorio donde se procesa la coca.
- **Cocinero:** actor del escenario del laboratorio.
- **Duro:** patrón.
- **Fuete (Foete):** arma de fuego con la que el cascón casca a sus víctimas.
- **Hacer el mandado:** matar a otro por encargo.
- **Hacer el trabajo:** diferente título para el acto de asesinar a una persona por encargo.
- **Hacer la vuelta:** sinónimo de hacer el mandado o hacer el trabajo.
- **Harina:** cocaína.
- **Hornero:** diferente designación para el actor del escenario del laboratorio.
- **Lavaperros:** acompañante de un semiduro, un duro o un reduro. Tiene funciones varias como conductor, proxeneta, mandadero, guardaespaldas, instructor de principiante e/o informante.
- **Lavatimbos:** persona que lava los timbosⁱ en las cocinas o chongos donde se procesa la droga. Es uno de los oficios menos calificados.
- **Mercancía:** cocaínaⁱⁱ.
- **Murraquear:** matar, acción de “cascar.”
- **Murraquearse:** morir.
- **Patrón:** jefe.
- **Químico:** sinónimo de hornero o cocinero.
- **Raspachín:** trabajador que raspa la hoja de coca.
- **Raspar:** acción de rallar la hoja de coca para obtener el jugo del que se hace la pasta básica.
- **Reduro:** patrón de patrones. Tiene mayor ascendiente entre la gente de un área de trabajo y ejerce poder sobre los jefes locales.
- **Semiduro:** aunque tiene cierta autoridad en las áreas de trabajo, su rango está por debajo de los duros o reduros.

Estos son solo algunos ejemplos que revelan cómo el tráfico de estupefacientes ha influido en la creación de todo un nuevo código que si bien es usado por sus actores directos, también ha logrado llegar a otras esferas sociales, volviéndose popular en diferentes espacios de interacción. Esta influencia afecta especialmente a los jóvenes de estratos sociales bajos y zonas marginales ya que, en muchos casos, de allí proviene la mano de obra de este campo laboral que ofrece buenos sueldos en poco tiempo y sin la necesidad de educación formal. En estos contextos de pobreza los trabajadores del negocio de las drogas despiertan admiración y respeto, queriendo ser emulados por jóvenes que no ven en la educación formal una salida a su estatus económico y social. Así, estas prácticas al margen de la ley representan una opción “fácil” a las condiciones de pobreza de muchos pobladores de una zona del país que ha estado, por años, azotada por la falta de oportunidades. Sin embargo, aunque la decisión de involucrarse en el mundo de la droga se ve como fácil ya que no se requiere del esfuerzo y tiempo que demandan el bachillerato y la universidad, al trabajar en la clandestinidad y al margen de la ley estas personas corren el riesgo de la cárcel, en el mejor de los casos, o la muerte a una temprana edad, debido a la violencia característica de estos ámbitos en los que, una vez que se entra, no hay vuelta atrás.

IV. Procesos morfológicos en la creación de palabras

Las palabras, en general, presentan diferentes características morfológicas y de acuerdo con éstas se clasifican y analizan de forma diferente. Esto mismo ocurre con el vocabulario que se expone en este trabajo. Por ejemplo, en el caso de *murraquear* y *murraquearse* se presenta la creación de verbos completamente nuevos que no aparecen registrados en el *DRAE*, en el *Diccionario de americanismos* o en el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia (ALEC)* (1982). De hecho, en el tomo número tres de este último se registra vocabulario concerniente al ciclo de la vida en el que la palabra *murraquearse* no aparece inscrita como uno de los sinónimos de “morirse” (1982: 103). De la misma forma, el verbo *murraquear* tampoco se registra como un equivalente de matar. Adicionalmente, ninguno de los dos vocablos aparece en el *Glosario lexicográfico del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia (ALEC)* publicado en 1986, cuatro años más tarde que el *Atlas*.

Contrario a lo que sucede con los verbos analizados en el párrafo anterior, en el caso de *cascar* y *raspar*, no se da la creación de vocablos nuevos pero sí la aparición de nuevos significados, pues aunque el *DRAE* y el *Diccionario de americanismos* los incorporan dentro de su repertorio, ninguna de sus definiciones incluye la acción de matar a otro, en el caso del primero, o la connotación de rallar la hoja de coca, en el caso del segundo. Del mismo modo, el *Glosario del ALEC* define *cascar* como “descerezar café” (1986: 83) y *raspar* como desherbar, arañar, afeitar, pelar papas, rallar, recolectar café, arroz o papas, arrancar una rama o realizar el coito (1986: 366). Nótese que aunque una de las definiciones del *Glosario* es rallar, éste no aclara que la acción la recibe la hoja de coca y es esta connotación la que se da en el contexto de la producción del estupefaciente. Por ejemplo, en esta zona del país no es para nada extraño que una persona diga: “nos vemos dentro de un mes porque me voy a raspar,” indicando que se va a la selva a trabajar por un mes como raspachín.

Así como sucede con *cascar* y *raspar*, las palabras *blancanieves*, *chongo*, *cocina*, *cocinero*, *fuete*, *harina*, *hornero*, *mercancía*, *patrón* y *químico*, son sustantivos que existían antes de la llegada del narcotráfico a la región pero que bajo la influencia de éste han tomado nuevos significados y connotaciones que ya son entendidos por casi cualquier interlocutor de la zona. Por ejemplo, a la palabra compuesta *blancanieves*, que originalmente se refiere a un personaje de un cuento infantil, ahora se le ha

dado la connotación de cocaína debido a la blancura de ésta. Por otro lado, una de las definiciones de la palabra chongo que da el *DRAE* es prostíbulo y es de notar que hay una relación muy fuerte entre el narcotráfico y la prostitución en todas sus formas, desde el reinado y las modelos, hasta las obreras sexuales que viajan a las zonas donde salen a hacer el mercado los raspachines los fines de semana o en épocas de pago.

Los sustantivos *cascón* y *raspachín* revelan la creación de palabras que se derivan de los verbos *casca* y *raspar*. En el caso del primero, la derivación se lleva a cabo con el uso del sufijo derivativo *-on* con la connotación de lesivo (Montes 1983: 105) para formar un sustantivo. Así, del verbo *casca*-*r* se deriva el sustantivo *cascón*. De la misma forma, en el segundo caso se añade el sufijo *-ín* con la implicación de despectivo (Montes 1983: 97) para formar el sustantivo que denomina a la persona que realiza la acción de raspar. De esta forma, el verbo *raspa*-*r* deriva en *raspachín*. Esta misma derivación con connotación despectiva se puede ver en términos como *matachín* o *borrachín*.

Por otro lado, *lavatimbos* y *lavaperros* son palabras compuestas formadas por dos palabras simples; en el caso de los ejemplos incluidos en este trabajo, están constituidas por un verbo y un sustantivo, respectivamente, indicando un “agente, nombre de oficio” (Montes 1983: 60) y siendo el sustantivo el complemento del verbo (Alvar 1983: 416). *Lavatimbos* surge de la combinación del verbo *lavar* y el sustantivo *timbos* que, como se señaló anteriormente, describe uno de los oficios en los laboratorios de procesamiento de droga. *Lavaperros*, en un proceso similar, proviene de la unión del mismo verbo (*lavar*) con el sustantivo *perros*, aunque, como se ve en la definición incluida en este trabajo, no denota el oficio que desempeña la persona que lleva el título.

Así como se han incorporado nuevas palabras, también han aparecido expresiones formadas por varios vocablos como en el caso de *hacer el mandado*, *hacer el trabajo* o *hacer la vuelta* que, aunque bien pueden emplearse en diferentes entornos, cuando se incluyen dentro del contexto del tráfico de drogas portan un significado particular que ha contribuido a que dichas expresiones hoy en día tengan una connotación negativa.

El caso de los adjetivos sustantivados *duro*, *semiduro* y *reduro* es un poco diferente ya que el primero sí se encuentra definido en el *DRAE* como “persona con poder” en el español coloquial colombiano, pero no aparece registrado en el *Glosario del ALEC*, y aunque pareciera paradójico, simplemente evidencia la falta de actualización del segundo. Los otros dos vocablos se derivan del primero al añadir los prefijos latinos *semi-* y *re-*; el primero significa “que no alcanza un límite dado” y el segundo denota intensificación (Montes 1983: 67). Así, el uso o ausencia de estos (como en *duro*) sirven como medio de jerarquización de las personas que llevan los mencionados títulos: *semiduro*, *duro* y *reduro* sería el orden en forma ascendente.

Es importante destacar que el *ALEC* fue publicado en 1983 y sólo registra el vocabulario utilizado en la parte norte del departamento del Caquetá, zona de más fácil acceso y que por lo tanto presenta mayor contacto con el interior del país. Sin embargo, los laboratorios para la producción de drogas están localizados hacia el sur del departamento, al interior de la selva amazónica. Estos dos factores (la publicación y la zona estudiada) evidencian la necesidad de nuevos estudios etnográficos que registren la realidad reciente del país, especialmente si se considera que “la droga forma parte del sistema de comunicación actual, y su lenguaje también” (Ponzio 1994: 2) y que de la misma manera el narcotráfico es un fenómeno vigente que afecta a todo el territorio nacional y que ocupa las primeras planas de diferentes publicaciones, entre éstas los periódicos de circulación diaria que llegan a manos de millones de colombianos que ya están bastante familiarizados con el tema.

De este modo, resulta más fácil encontrar ejemplos de vocabulario relacionado con el narcotráfico en los periódicos y revistas. Aunque dichas publicaciones siempre incluyen alguna noticia relacionada con este flagelo, no es común que en ellas aparezca el vocabulario que se presenta en las zonas de fabricación ya que éste no hace parte del léxico formal usado en el estilo periodístico. No obstante, una muestra de la existencia de dichos vocablos puede verse cuando, por ejemplo, se publican conversaciones entre actores del conflicto, como en el caso de una llamada entre dos guerrilleros de las FARCⁱⁱⁱ que la policía colombiana interceptó en febrero del 2010 y que fue publicada por uno de los periódicos colombianos más importantes, *El espectador*^{iv}:

Alias Wilson: ...Bueno póngame cuidado, lo otro, ¿se acuerda de las noticias que pasaron que día?

Alias Orlando Porcelana: ¿De los qué?

Alias Wilson: Un reguero que pasó que día por acá al lado mío.

Alias Orlando Porcelana: No, yo no sé nada.

Alias Wilson: Este marica, del Cuatro Ocho.

Alias Orlando Porcelana: ¿Cómo?

Alias Wilson: Los del Cuatro Ocho.

Alias Orlando Porcelana: Sí.

Alias Wilson: Es que al señor de aquí le dio gripa porcina y paila.

Alias Orlando Porcelana: ¿Se murraqueó, se jodió?

Alias Wilson: Claro.

Alias Orlando Porcelana: ¿Cómo así, cómo así?

Alias Wilson: Si huevón, así como le cuento.

Alias Orlando Porcelana: ¿Pero al de la Cana?

Alias Wilson: No el de la Cana no huevón, el duro.

Alias Orlando Porcelana: ¿El Cristo?

Alias Wilson: El dueño del Cuatro Ocho.

Alias Orlando Porcelana: ¿Sí, Cristo?, ¿cómo así huevón?

Alias Wilson: Sí huevón.

Alias Orlando Porcelana: Bueno listo, yo no sabía nada huevón.

Alias Wilson: Estese callado que un chisme ahí suavecito.

Como puede observarse, es evidente que estas dos personas se están comunicando en alguna forma de código que solo ellos entienden porque saben que los agentes de control los pueden estar escuchando y de esta forma mantienen sus mensajes encubiertos. Es así que estos guerrilleros usan la expresión *se murraqueó* para referirse a que alguien dentro de su grupo se murió. Incluso, al haber un malentendido sobre cuál es la persona que falleció, Alias Wilson aclara que fue el *duro*, es decir, uno de los *patrones*, alguien con un estatus alto dentro de la organización ilegal.

De la misma forma y evidenciando que éste es un fenómeno que lleva décadas, el periódico con más circulación en el país, *El tiempo*,^v expresa lo siguiente en uno de sus artículos sobre la violencia en Colombia:

Dispara el crimen organizado por el narcotráfico. Agrupaciones creadas aquí y allá para garantizar la seguridad y eficacia del negocio, para intimidar a funcionarios del Estado, para acallar a la opinión y al periodismo, para proteger a sus capos. Disparan igualmente sus traquetos y sus lavaperros, individuos desorientados y engreídos por el éxito y la impunidad de sus operaciones. (Cruz 1995: 1)

En este fragmento se destaca el uso de la palabra *lavaperros* y su connotación. Como ya se había definido, es el acompañante del jefe y de este grupo salen las generaciones de relevo y, como puede notarse en el texto, se le da un estatus más o menos alto dentro del grupo; no tan alto como el del patrón pero sí lo suficientemente elevado para describirlo como engrdeído por su éxito. Es este éxito el que, como se mencionó anteriormente, quieren obtener los jóvenes de los barrios marginales que ven a estas personas como modelos a seguir.

Otro ejemplo del uso del léxico que se expone en este trabajo puede advertirse en el siguiente fragmento del diario *El líder*,^{vi} periódico local (caqueteño):

Hay que hablar de la droga como enfermedad, de prevención, de reducción del daño, de apoyar al raspachín para que haga un plan de vida lejos de los cultivos ilícitos, y al adicto que vive y sufre el deterioro que produce el consumo. (Galán 2011: 3)

Este ejemplo, que muestra diferentes facetas del problema de las drogas, expone la situación del *raspachín*, evidenciando que, tal vez, éste se dedica a esta actividad debido a la necesidad de encontrar un medio de subsistencia en una tierra en la que escasean las opciones.

Asimismo, el periódico *El tiempo*^{vii} también publicó un artículo en el que usa la palabra *raspachín* y en el que expone su situación:

Forzados por las circunstancias, terminan, por la paga, convertidos en raspachines y de paso en carne de cañón de una guerra que se libra sin mayores ideologías ni planteamientos, cada vez más alrededor del narcotráfico y de sus inmensas ganancias. (Duzán 2004: 3)

Con los dos últimos ejemplos se evidencia que el vocablo *raspachín* ya es bastante conocido para denominar a los recolectores de la hoja de coca y que no es necesario explicar el término ya que se asume que es de conocimiento general. También se puede observar en las dos últimas citas que dichas personas están en los niveles más bajos de la jerarquía del negocio de la droga.

Aunque los periódicos son una forma común de divulgación del vocabulario incluido en este trabajo, el fenómeno del tráfico de droga se ha convertido en el eje de la vida de muchas comunidades del sur de Colombia al ofrecer a las familias una alternativa para cubrir sus necesidades económicas. Así, se producen canciones en las que se narran historias que han tenido lugar alrededor del negocio o se exalta la vida de los actores de este oficio, como se puede ver en el siguiente fragmento, tomado de una canción de música norteña, en el que la banda *Los bacanes del sur* le cantan al *raspachín*:

*Soy el raspachín
de los cocaleros
y vivo mi vida
vivo, vivo bueno*

En este fragmento queda claro que *raspachín* es la denominación de la persona que raspa la hoja de coca en los sitios de producción de cocaína. Más adelante, en la misma canción dicen:

*Raspando y raspando
me gano el dinero
hay que tener cuidado
vivo entre dos fuegos*

En esta estrofa no solo queda claro que *raspar* es un oficio conocido en esta zona del país sino que además se refleja el peligro que representa el ejercerlo. De la misma forma, en un fragmento de otra canción llamada *De raspachín a patrón*, de la misma banda, se evidencian las diferencias entre el *raspachín* y el *patrón* (o duro):

*Antes era un raspachín
ahora soy un patrón
los que raspaban conmigo
me siguen por donde voy
tengo billete de sobra
y mujeres por montón*

En este fragmento se evidencia que dentro del negocio del tráfico de estupefacientes hay una clara cadena jerárquica que empieza, en forma ascendente, con los raspachines y termina con los patrones o duros, personajes que, como se afirmó anteriormente y como se constata en la canción, son un modelo a seguir para los habitantes de las zonas en las que ejercen su poder.

Así, se pueden encontrar innumerables ejemplos del uso de este vocabulario que se origina a partir de un fenómeno que afecta, en principio, a la comunidad en la que tiene lugar, pero que se esparce rápidamente y permea otros espacios gracias, entre otras cosas, a los medios de comunicación.

V. Casos similares

Todo el vocabulario que se ha incluido en este trabajo se originó, como ya se mencionó, por la necesidad de significar las actividades relacionadas con la siembra, cosecha, procesamiento y refinación de cocaína. Es decir, se originó en una zona en la que empieza la cadena del tráfico de drogas. Sin embargo, dicha cadena no para en la refinación, pues luego vienen la comercialización y los desplazamientos para lograr ubicar el estupefaciente en los centros de distribución de las diferentes ciudades y países, entre los que se encuentran México como lugar de paso y Estados Unidos como el mayor consumidor.

Así, las actividades relacionadas con el transporte de la droga que va hacia Estados Unidos también han tenido que ser nombradas. De esta forma, en las zonas de paso mexicanas también ha urgido la necesidad de significar las actividades que allí tienen lugar, como lo publica el diario *La Jornada* de la Universidad Nacional Autónoma de México al hablar de la “jerga de los *narcos* mexicanos” que incluye “vocablos como *levantón*, *plomear*, *ejecutar* o *pase* –en sus acepciones *narco*–” (Tejeda 2010: 2). De hecho, debido a que es parte de la realidad mexicana, el director de la Academia Mexicana de la Lengua explica que “la cultura del crimen organizado y los narcotraficantes mexicanos es un nuevo campo semántico que [se debe] conocer” (Tejeda 2010: 3). Del mismo modo, el periódico *El Universal*,^{viii} del mismo país, en un artículo sobre el lenguaje del narcotráfico, expone que:

Es frecuente leer y escuchar referencias específicas para tratar de describir con precisión hechos ligados al narcotráfico o al crimen organizado.

Palabras como “levantón”, “ejecución”, “encajuelados”, “encobijados”, “sicarios”, “narcos”, “descabezados”, “narcofosas”, “narcocorridos”, “narcomantas”, “plazas”, “sicarios” o “cárteles”, entre otras, forman parte de una jerga cotidiana para describir este nuevo entorno de violencia que se registra en una gran parte de México. (Ruiz 2011: 3)

Estos ejemplos tomados de publicaciones mexicanas también evidencian el cambio lingüístico ante una nueva realidad que implica prácticas específicas que necesitan nombrarse. Como se vio con anterioridad, en el caso del sur colombiano el vocabulario está relacionado con la producción de cocaína mientras que en el caso mexicano está más relacionado con la movilización de la droga hacia Estados Unidos, país en el cual también ha aparecido léxico o significados vinculados con la distribución del producto, como en el caso de *to push* y *pusher*, que originalmente el diccionario *Webster* define, entre otras cosas, como hacer presión sobre algo en el caso del primero, y el que ejerce dicha presión, en el caso del segundo, pero que en el contexto del tráfico de estupefacientes significan vender drogas y vendedor de droga (Spears 1986), respectivamente. De la misma forma, la palabra *man*, dentro del contexto del tráfico ilegal, también significa vendedor de drogas, siendo un sinónimo de *pusher* (Spears 1986).

No obstante, el cambio lingüístico no se debe necesariamente a fenómenos sociales como el del narcotráfico. De hecho, si nos salimos de ese contexto, es fácil observar alteraciones que se dan constantemente y por diversas razones. Por ejemplo, a raíz del contacto del español colombiano con lenguas indígenas, el primero incorporó palabras prestadas como *cancha*, *arracacha*, *carpa* o *choclo*, del quechua, y *changua*, *chingue*, *curuba* y *fique*, del muisca (Montes 2000: 326-335). De la misma forma y para no ir tan lejos, con la llegada de los computadores y el internet a los hogares, empezaron a aparecer vocablos como escanear o chatear e incluso en inglés aparecieron verbos como *to facebook* o *to google*, expresiones impensables hace algunos años.

VI. Conclusión

Como se ha podido ver, “las presiones sociales,” en el caso de este trabajo las ligadas a la producción de droga con fines comerciales, “están operando continuamente sobre el lenguaje, no desde un punto remoto del pasado, sino como una fuerza social inmanente que actúa en el presente vivido” (Labov 1983: 31). Esta presión ha fomentado un cambio léxico necesario para la comunicación efectiva entre los actores que son parte del negocio y debido a la persecución de los agentes de control dicho léxico es bastante dinámico y se va reemplazando con frecuencia por nuevos vocablos. Sin embargo, su reemplazo no significa su desaparición y de esta forma empiezan a hacer parte del repertorio léxico de la comunidad que, en la interacción, va esparciéndolos en los diferentes espacios en los que suceden los procesos de comunicación.

Así, claramente, se constata que el cambio léxico es promovido por un fenómeno social que lo acompaña y es por esto que resulta imposible pensar en su análisis sin considerar el entorno en el que sucede. Esto no solo ratifica al lenguaje como elemento social sino que demuestra que la realización de éste no está aislada de los estímulos histórico-sociales. Asimismo, a medida que el mundo se mueve, más cambios sociales y lingüísticos ocurren y es pertinente seguirles la pista. Finalmente, esta clase de trabajo rescata una zona olvidada del país y muestra que todavía hay muchos aspectos del español colombiano que exigen ser estudiados e incluidos en los informes oficiales.

Referencias bibliográficas

- Alvar, M. y Pottier, B. (1983). *Morfología histórica del español*. Madrid: Gredos.
- Atehortúa Cruz, A. L. (1995). “Quién dispara en Colombia”. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-348820>
- Departamento del Caquetá. *Gobernación del Caquetá*. Recuperado de <http://caqueta.gov.co/index.php/nuestro-departamento/mapas?start=16>
- Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>
- Dictionary and Thesaurus Merriam-Webster*. Recuperado de <http://www.merriam-webster.com/>
- Duzán, M. J. (2004). “La muerte de los raspachines”. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1509983>
- El Espectador*. (2010). “Farc admiten que muerte de Edgar Tovar es un duro golpe a su estructura”. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo189757-farc-admiten-muerte-de-edgar-tovar-un-duro-golpe-su-estructura>
- Flórez, L. (1977). *Apuntes de español: pronunciación, ortografía, gramática, léxico, extranjerismos, el habla en la radio y la televisión, enseñanza del idioma y de la gramática en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Flórez, L. et al. (1982). *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*. 3. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Galán P., J. M. (2011, nov. 26). “A quién beneficia la prohibición”. *El líder: diario caqueteño*. Recuperado de <http://www.ellider.com.co/2011/11/26/%C2%BFa-quien-beneficia-la-prohibicion-por-juan-manuel-galan-p/>
- Labov, W. (1983). *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Los bacanes del sur. *De raspachín a patrón*. 2008. Video en línea. Recuperado de <https://sites.google.com/site/losbacanesdelsur/videos>
- Los bacanes del sur. *El raspachín*. Video en línea. Recuperado de <https://sites.google.com/site/losbacanesdelsur/videos>
- Marsh, R. R. (1983). *Development Strategies in Rural Colombia: The Case of Caquetá*. Los Angeles, CA: UCLA Latin American Center Publications..
- Montes, J. J. (1983). *Motivación y creación léxica en el español de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Montes, J. J. (2000). *Otros estudios sobre el español de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Montes, J. J. et al. (1986). *Glosario lexicográfico del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia (ALEC)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Pampillón, R. y Verna, G. (1995). “El narcotráfico en Colombia”. *Política exterior*, 9(45), 179-187.
- Ponzio, A. (1994). *El lenguaje de la droga. Eutopías. Documentos de trabajo*. Valencia: Centro de Semiótica y Teoría de Espectáculo.
- Presidencia de la República. (1988). *La lucha contra el narcotráfico en Colombia*. Bogotá: Impr. Nacional de Colombia.
- Ruiz, J. L. (2011). “El narco ‘infiltra’ el lenguaje”. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/183182.html>
- Saussure, F. (1959). *Course in General Linguistics*. New York, NY: Philosophical Library.

Spears, R. A. (1986). *The Slang and Jargon of Drugs and Drink*. Metuchen, NJ: Scarecrow Press.

Tejeda, A. G. (2010). "La Real Academia reconoce el lenguaje del crimen organizado".

La Jornada. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2010/10/28/index.php?section=cultura&article=a03n1cul>

Apéndices

1. Apéndice A: Reportaje periódico *El Espectador*.
2. Apéndice B: Reportaje periódico *El Tiempo*.
3. Apéndice C: Reportaje diario *El líder*.
4. Apéndice D: Reportaje periódico *El Tiempo*.
5. Apéndice E: Reportaje periódico *El Universal*.

Apéndice A

ELESPECTADOR.COM

Mie, 05/02/2012 - 16:19

Judicial | Feb 25 - 11:08 am

Farc admiten que muerte de Edgar Tovar es un duro golpe a su estructura

En una conversación interceptada al grupo insurgente, confirman la muerte de 'Edgar Tovar'.

Este artículo contiene un audio, para visualizarlo correctamente ingrese a www.elspectador.com.

La Policía reveló la interceptación de una conversación hecha a través de un celular, en la cual alias 'Wilson', uno de los cabecillas del frente 48 de las Farc, confirma a alias 'Orlando Porcelana', máximo cabecilla del frente 63, la muerte de Ángel Gabriel Lozada, alias 'Edgar Tovar', máximo cabecilla del frente 48, según el mismo guerrillero, en acciones registradas contra esa estructura por parte de miembros de la Fuerza Pública.

Además de esa evidencia se suman la prueba científica de ADN realizada por expertos de Policía Judicial, que permitió la identificación plena del cadáver de Tovar, y otros elementos técnicos recopilados que demuestran cómo cabecillas del Bloque Sur, hoy bajo el mando de 'Joaquín Gómez', confirman la muerte de Gentil Gómez Marín.

ALIAS WILSON: ...bueno póngame cuidado, lo otro, ¿se acuerda de las noticias que pasaron que día?.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿de los qué?.

ALIAS WILSON: Un reguero que pasó que día por acá al lado mío.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: No, yo no sé nada.

ALIAS WILSON: Este marica, del Cuatro Ocho.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿Cómo?

ALIAS WILSON: Los del Cuatro Ocho.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: Sí.

ALIAS WILSON: Es que al señor de aquí le dio gripa porcina y paila.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿Se murraqueó, se jodió?

ALIAS WILSON: Claro.

ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿Cómo así, cómo así?

ALIAS WILSON: Si huevón, así como le cuento.
ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿Pero al de la Cana?
ALIAS WILSON: No el de la Cana no huevón, el duro.
ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿El Cristo?
ALIAS WILSON: El dueño del Cuatro Ocho.
ALIAS ORLANDO PORCELANA: ¿Sí, Cristo?, ¿cómo así huevón?
ALIAS WILSON: Sí huevón.
ALIAS ORLANDO PORCELANA: Bueno listo, yo no sabía nada huevón.
ALIAS WILSON: Estese callado que un chisme ahí suavequito.

Apéndice B

QUIÉN DISPARA EN COLOMBIA

La violencia en Colombia tiene plurales expresiones, actores, motivos y escenarios. Probablemente no exista un laboratorio tan complejo para el estudio de la violencia como aquel que ofrece la historia de nuestro país. Si se tratara de realizar un rápido inventario sobre aquellos que se ubican en posición de disparar, la lista no sería corta. En Colombia, desafortunadamente, no son pocos los grupos que disparan.

Dispara el crimen organizado por el narcotráfico. Agrupaciones creadas aquí y allá para garantizar la seguridad y eficacia del negocio, para intimidar a funcionarios del Estado, para acallar a la opinión y al periodismo, para proteger a sus capos. Disparan igualmente sus traquetos y sus lavaperros, individuos desorientados y engreídos por el éxito y la impunidad de sus operaciones.

Disparan los frentes guerrilleros de las Farc, del Eln, del Epl y el Grupo Jaime Bateman. Actúan en el campo y la ciudad. Ejecutan acciones tan diversas como sus propias estructuras que, en muchas ocasiones, actúan cada una por su cuenta.

Disparan los grupos paramilitares. Nacieron como alianza entre ganaderos y agricultores golpeados por la guerrilla, con narcotraficantes y sectores de las Fuerzas Armadas interesados en la guerra sucia. Aunque reivindicán ocasionalmente una estructura coordinada en el orden nacional, obedecen las consignas de sus creadores regionales. Se ubican, entre ellos, los grupos de Fidel Castaño y los autores de la masacre de Trujillo.

Disparan las autodefensas. Formas de asociación militar creadas por los campesinos con el apoyo decidido de ciertos sectores de las Fuerzas Armadas. No reciben, necesariamente, ayuda financiera de los narcos. Sus hechos son esporádicos y están dirigidos de manera especial contra el movimiento guerrillero.

Disparan las milicias con múltiples orígenes. Hay milicias guerrilleras de las Farc, del Eln y del Epl; aparatos creados para el trabajo político-militar en los barrios marginados. Pero hay también milicias independientes de los mandos guerrilleros que actúan en los barrios como mecanismo vecinal de autodefensa contra el crimen, el hurto y el vicio. Algunas de ellas, como las milicias del pueblo y para el pueblo, nacidas en Medellín, se convirtieron en cooperativas de vigilancia urbana tras un proceso de reinserción local que hoy se encuentra en crisis.

Disparan los grupos de limpieza, ocasionalmente impulsados por sectores desviados de los aparatos del Estado y financiación privada. Su brote, a veces espontáneo, se rige por la discriminación social, sexual, racial y económica o por el desespero contra la delincuencia menor.

Dispara el crimen organizado y común contra los particulares. No pocas veces lo conforman individuos salidos de los aparatos del Estado o extraviados del contacto

con capos narcotraficantes. Algunas de sus acciones son ejecutadas haciéndose pasar por guerrilleros y conforman, en otros, escuadrones de la muerte y agrupaciones de sicarios. En esta categoría pueden incluirse asociaciones de jóvenes delincuentes dedicadas al atraco, el expendio de estupefacientes, la extorsión y la eliminación física.

Sin embargo, en Colombia han disparado también importantes sectores de los organismos del Estado que, en procura de sus objetivos frente al orden público, o víctimas de la corrupción, han transgredido los marcos institucionales, han violado los derechos humanos, o han degenerado en apoyo al crimen organizado. Las desapariciones, las torturas, los asesinatos, la contrainteligencia a favor de los criminales y otros excesos, conjugan sus acciones.

Finalmente, no falta quien afirme que, en medio de la confusión y aprovechando al máximo cada coyuntura, disparan organizaciones del orden internacional para promover y asegurar sus propios intereses.

Lo más triste es que ninguno de quienes disparan salvo la guerrilla en determinadas ocasiones reivindica hoy sus actos. Los atentados terroristas, los asesinatos, los secuestros, las desapariciones, se realizan hoy sin firma responsable. Por el contrario, en medio de su fuego múltiple y cruzado, la desinformación y la mentira con comunicados falsos es la táctica vigente para todos ellos. Al fin y al cabo, sectores de la prensa ávidos de escándalo y de chivas se prestan para la reproducción masiva de sus argumentos. Señalar a uno u otro de monstruosos atentados, sin que en realidad lo sean, forma parte de la guerra. La víctima inocente, el ciudadano sano, común y corriente, ha perdido el derecho de saber siquiera quién lo mata.

Publicación: eltiempo.com

Sección

Editorial - opinión

Fecha de publicación: 20 de junio de 1995

Autor: Adolfo León Atehortúa Cruz

Apéndice C

¿A quién beneficia la prohibición? Por Juan Manuel Galán P.

Posted by [caqueta](#) on 26 noviembre, 2011 in [Columnistas](#) | Comentarios desactivados

Hay paradojas en la formulación y ejecución de las políticas públicas. Una que vivimos todo el tiempo en Colombia es haber decidido enfrentar el problema de las drogas a través de la persecución de los narcotraficantes y tener hoy unas altas tasas de consumo de sustancias psicoactivas ilícitas. ¿No es este hecho un motivo suficiente para entrar a revisar qué ha pasado? ¿Cómo es posible que luego de tantos esfuerzos cerca de 250.000 colombianos abusen o sean dependientes de la marihuana, 85.000 de la cocaína, 26.000 del basuco? ¿Qué ha pasado para que la mayoría de estas personas sean jóvenes entre los 18 y los 34 años?

Insistir en la política actual de forma acrítica es darle la espalda a unos hechos, que además de evidentes, fueron documentados en el Estudio de Consumo de Sustancias Psicoactivas de 2008. Así mismo, es un indicio de una cierta esquizofrenia política pues da a entender que a la sociedad colombiana le importa más que no haya traficantes que adictos, pero al tiempo ha estado dispuesta a beneficiarse de los dineros ilícitos.

Desde el año 2007 he venido insistiendo en este tema: hay que reabrir el debate, analizar opciones distintas, rescatar lo bueno de lo que se ha hecho, balancear nuestras prioridades, escogiendo medios creativos, y evitando caer en el pernicioso y falso dilema de que si no es prohibición entonces es legalización. Hay que hablar de la droga como enfermedad, de prevención, de reducción del daño, de apoyar al raspachín para que haga un plan de vida lejos de los cultivos ilícitos, y al adicto que vive y sufre el deterioro que produce el consumo.

No existe un camino único para encontrar nuevas alternativas de política. En efecto, en Colombia hemos tratado de avanzar, mediante varios proyectos de ley, hacia una mayor concientización de que la adicción es una enfermedad y como tal el Estado y la sociedad tienen el deber de brindar mecanismos de protección y atención al enfermo y su familia. De igual forma, en escenarios internacionales existen diferentes foros donde llevar el tema y conformar alianzas estratégicas para facilitar que se dé la discusión: hace unos meses sugeríamos que se llevara a la Comunidad Andina, o a la OEA pues México, Perú, Bolivia y Colombia han enfrentado con grandes sacrificios el desafío que les plantea el narcotráfico.

Tenemos un verdadero reto de liderazgo, pues le corresponde a Colombia, impulsar al mundo para que avance por un sendero desconocido, pero con la convicción de que el camino actual solo puede conducirnos al abismo.

*Senador Partido Liberal

Apéndice D

LA MUERTE DE LOS RASPACHINES

De nuevo las Farc dejan sentir sus fusiles. Esta vez sus víctimas son inocentes raspachines que en mala hora llegaron a La Gabarra pensando con el deseo. A lo mejor tenían la esperanza de salir del rebusque y del desempleo recogiendo coca, como lo creen muchos colombianos desesperados, que desde un tiempo para acá prefieren irse a probar suerte en esas tierras dominadas por la férula de las Farc o de los paras, antes que quedarse en las urbes, sin forma de alimentar a sus familias, a la espera de un trabajo que no llega.

De nuevo las Farc dejan sentir sus fusiles. Esta vez sus víctimas son inocentes raspachines que en mala hora llegaron a La Gabarra pensando con el deseo. A lo mejor tenían la esperanza de salir del rebusque y del desempleo recogiendo coca, como lo creen muchos colombianos desesperados, que desde un tiempo para acá prefieren irse a probar suerte en esas tierras dominadas por la férula de las Farc o de los paras, antes que quedarse en las urbes, sin forma de alimentar a sus familias, a la espera de un trabajo que no llega.

Mi esposo se fue a recoger coca porque le pagan más que por manejar un camión, es la frase recurrente que se oye en esas familias desmembradas, que andan cargando no solo con su pobreza, sino con la tristeza que engendran la distancia y la separación.

Forzados por las circunstancias, terminan, por la paga, convertidos en raspachines y de paso en carne de cañón de una guerra que se libra sin mayores ideologías ni planteamientos, cada vez más alrededor del narcotráfico y de sus inmensas ganancias.

Si las Farc tuvieran un asomo de la conciencia social que dicen tener, no hubieran cometido este espantoso crimen contra los raspachines, ni lo hubieran sustentado con el macabro argumento de que, por estar trabajando en una finca controlada por los paras, eso los convertía en sus ayudantes. Y si los paras hubieran tenido alguna coherencia entre su discurso político y sus acciones criminales, no hubieran cometido hace unos años la masacre que antecedió a esta, aquella en que los asesinados eran

campesinos inocentes que fueron considerados como colaboradores de la guerrilla por el hecho de trabajar en una zona controlada por las Farc. Ya incluso, según lo insinuó EL TIEMPO de ayer, esta terrible dinámica se ha vuelto tan previsible que se espera, como quien espera una bola de ping pong, la próxima masacre, la cual muy seguramente podría ser perpetrada por los paras .

Entre tanto, preocupa que los colombianos, anestesiados como estamos, sigamos pensando que la solución a todo este círculo vicioso y candente sea la política de seguridad democrática, la cual, si bien ha conseguido que los colombianos podamos salir por las carreteras los fines de semana con una tranquilidad que antes no teníamos, ya empieza a adolecer de serios desajustes, que demostrarían una necesidad de corregir ciertas cosas.

Cuál es el papel que van a jugar los paramilitares una vez desmovilizados en esta estrategia de seguridad? Seguirán cuidando sus fincas y sus negocios ya desde la tranquilidad de la legalidad, o, por el contrario, estos señores de la guerra van a ser reemplazados por la policía y por la Fuerza Pública, mientras ellos se dedican a la política? Tendrá la misma generosidad el presidente Uribe con el Eln que la que ha tenido con losparasi ? Tenemos el dinero suficiente para aumentar el pie de fuerza? De dónde va a salir este dinero?.

Por qué en el caso de Cajamarca el Presidente mismo se apresuró a concluir que los colombianos que perdieron la vida en ese lugar eran víctimas del fuego amigo , siendo que había serios indicios que planteaban otros escenarios, acaso más tenaces?.

Cómo se va a proteger a los civiles de los desmanes que pueda cometer la Fuerza Pública con facultades ahora de policía judicial, gracias al Estatuto Antiterrorista, si ni siquiera el fiscal Luis Camilo Osorio ha podido saber qué fue lo que pasó en Guaitarilla, además de que insinuó que para saberlo nos faltan por lo menos dos mil años? Es el tiempo ideal que, según el Fiscal, se ha tomado la humanidad para no saber quién mató a Jesucristo. Dios nos ampare.

Publicación: eltiempo.com

Sección

Editorial - opinión

Fecha de publicación; 21 de junio de 2004

Autor: MARIA JIMENA DUZAN

Apéndice E

El narco “infiltra” el lenguaje

En México hay una nueva forma de hablar para abordar el tema de la violencia, dicen expertos

Sábado 22 de enero de 2011 TEXTO JOSÉ LUIS RUIZ

jose.ruiz@eluniversal.com.mx | El Universal

La cruenta lucha contra las organizaciones del narcotráfico, y la batalla sangrienta entre éstas, no sólo ha trastocado el ambiente social y vulnerado la paz en el país, también ha impactado el lenguaje para referirse a este fenómeno y a sus diversas y dramáticas consecuencias.

Es frecuente leer y escuchar referencias específicas para tratar de describir con precisión hechos ligados al narcotráfico o al crimen organizado.

Palabras como “levantón”, “ejecución”, “encajuelados”, “encobijados”, “sicarios”, “narcos”, “descabezados”, “narcofosas”, “narcocorridos”, “narcomantas”, “plazas”, “sicarios” o “cárteles”, entre otras, forman parte de una jerga cotidiana para describir este nuevo entorno de violencia que se registra en una gran parte de México.

Marco Lara Klahr, periodista e investigador, y autor de diversos libros, entre ellos, *Hoy te toca la muerte* y *Días de furia*, explica que una vez que se utilizan clichés mediáticos como “muertas de Juárez”, “narcos”, “encajuelados”, “encobijados” o “levantados”, entre otros, lo que se está haciendo es quitar todo el sentido dramático y trágico a un suceso criminal.

“En otras palabras, estamos quitándole a la persona el carácter de víctima, y la estamos criminalizando”, comenta Lara Klahr, coautor con Francesc Barata de *Nota(n) roja: Historia de un género y una nueva forma de informar*.

Asegura que cuando se dice “encajuelado”, “descabezado”, también se está estigmatizando a una persona que para empezar es una víctima, independientemente de su estatus ante la ley.

“El hecho de que haya delinuido o trasgredido la ley, no implica que se le deba cortar la cabeza. Entonces, con el uso de este lenguaje, un hecho atroz se asume como normal”, explica.

Incluso, considera que al ponerle un cliché a un suceso criminal, en ese momento se le está confiriendo a la víctima la responsabilidad sobre su propia muerte atroz, en lugar de atribuir el hecho a un grupo delincuencial o al sistema judicial por su incapacidad para aclarar algún caso de violencia.

“Sencillamente nos contentamos diciendo que la víctima se lo merecía”, opina Lara, quien aduce que en esa interacción, poder judicial, procuración de justicia, policía y crimen, se va creando una simbiosis del lenguaje.

“Entonces se va creando una especie de comunidad semántica y de visiones sin que puedan separarse claramente y sin saber cuáles de los términos vienen del crimen y cuáles de la policía. Ahora los periodistas se han apropiado de ese lenguaje, lo han socializado y lo han masificado”, argumenta el experto.

En los hechos, este lenguaje es utilizado por gran parte de los medios de comunicación, que encuentran en esta nueva terminología el instrumento idóneo para referirse a esta lucha sangrienta, que sólo en el 2010 causó más de 15 mil homicidios.

No es extraño leer o escuchar que una persona fue “levantada” y no “secuestrada”, cuando se sospecha que el hecho se vincula con el narcotráfico.

En el caso de que una o varias personas hayan sido “asesinadas”, se dice que fueron “ejecutadas”, aunque el suceso en sí mismo sea producto de un homicidio. La referencia se hace cuando hay cierta evidencia que permita inferir que se trató de un evento vinculado con el crimen organizado.

Especialistas en el lenguaje aseguran que esta nueva forma de expresión es normal y que responde a una necesidad de encontrar los términos más claros e idóneos para describir una realidad, en el caso de México, la violencia.

Describir una realidad

Raúl Ávila, profesor del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, detalla que estos términos se utilizan por “sensibilidad lingüística”, y que no hay nada malo en que sean empleados para describir una realidad.

El especialista argumenta que con el uso de estas palabras se está recurriendo a “eufemismos” para describir de manera “menos directa o cruel” un hecho o suceso sangriento.

De acuerdo con su definición, un eufemismo es una “figura retórica” que consiste en sustituir un término o frase que tienen connotaciones desagradables, por otro menos ofensivo.

Ávila, quien coordina el proyecto internacional Difusión del Español por los Medios, en la que participan 26 universidades de 20 países, explica que “es parte de la vida normal del lenguaje”, la utilización de términos y palabras para describir algún acontecimiento en un contexto determinado.

El experto afirma que es más “suave” decir “lo levantaron” que “lo secuestraron”, y que la sociedad tolera más un eufemismo que una palabra directa.

“Es común que la gente diga: ‘mujer de la vida galante’, y no ‘prostituta’. Eso es eufemismo, y tiene como propósito no hacer una referencia tan directa de las cosas”, expone el doctor Ávila.

En su opinión, a lo largo de la historia se ha echado mano de términos lingüísticos para describir de manera más precisa algo en particular.

“Esto tiene que ver en mucho con la sensibilidad social y lingüística”, explica el especialista, quien sostiene que el uso de estos términos, además de inevitables, son incluso necesarios.

“Para las partes más duras de las acciones humanas hay siempre eufemismos y si no se inventan”, agrega Ávila y destaca que lo importante es encontrar los términos que describan de manera más exacta algún hecho: “Cuando a una persona la matan a la balazos es común que se diga ‘la rafaguearon’”.

Explica que con muchos de estos términos se asume un contexto menos circunstancial y más de venganza. “Esto es correcto, porque la gente lo entiende de manera más conveniente”.

Imaginario colectivo

Para Gloria María Cervantes, maestra en Ciencias del Lenguaje y coordinadora del grupo de investigación Discursos sociales y comunicación, de la Universidad Autónoma Metropolitana, no se trata sólo de términos, sino de un nuevo discurso que emerge del imaginario de la gente y que se ha ido modificando a partir de las experiencias derivadas de la violencia vinculada al crimen organizado.

“A veces no tiene que ver con una deformación de la lengua, porque es otra idea la que se trata de construir y darle nombre a nuevas realidades. En ese sentido, hay casos en que sí se están utilizando términos de manera inadecuada, pero en otros, son producto de un nuevo término, un neologismo para nombrar una nueva situación”, dice.

Algunos de estos vocablos ya fueron aceptados e incorporados en el Diccionario de Americanismos. Así, palabras como “levantón”, “plomear” o “ejecutar”, están incluidas en este diccionario de la Asociación de Academias de la lengua Española. Es la primera vez que un diccionario asimila los vocablos que surgen para describir aspectos vinculados al narcotráfico en México.

Por ejemplo, define “levantón”, término que se usa sólo en México, como a un secuestro que no pretende pedir un bono económico como rescate.

Correcta, nueva terminología

En opinión de la maestra Cervantes, sí se justifica el uso de estos términos para referirse a un asunto muy particular relacionado con la violencia.

“El feminicidio, por ejemplo, es un término coloquial, que en la ley no existe como tal. Creo que se están dando diversos tipos de creación de nuevas palabras, a distintos niveles y con distintos usos. Está surgiendo en el léxico que está respondiendo a nuevas realidades”, explica la especialista.

Diariamente también se escuchan o se leen términos como “rafaguear”, “comando” (grupo de delincuentes armados en pos de algún objetivo), “arsenal”, “encostado” (cuando un cadáver es envuelto en sábanas o cobijas), “descuartizado”, “decapitado” o “sicario” (asesino de oficio).

“Esto no tiene nada que ver con una deformación de la lengua, sino más bien de darle nombre a nuevas realidades”, explica Cervantes y Sánchez, quien admite que este fenómeno de inseguridad y violencia que se está dando en México sí está impactando en la manera de expresarse del mexicano.

“Lo está impactando a nivel de discurso, en nuestro imaginario colectivo y en la representación que tenemos de la sociedad. Obviamente eso se refleja en el vocabulario”, agrega la experta.

En esta nueva espiral de términos también se encuentra el concepto de “plaza”, con el que se hace referencia a una ciudad o localidad que es dominada o que está en disputa por grupos adversarios de narcotraficantes. Cuando hay un enfrentamiento armado entre grupos criminales o de éstos con elementos de las fuerzas armadas, se habla de un “choque”.

Síndrome de Estocolmo

Lara Klahr afirma que con este nuevo lenguaje se le arrebató el ingrediente criminal a un hecho determinado, haciendo algo anormal en normal.

Cuando uno dice “levantado”, agrega, se infiere en el habla coloquial que esa persona tenía algo que ver con el crimen y por algo la secuestraron.

El experto explica que en la agenda de las personas ya no se habla de “ciudades”, sino de “plazas”, y tampoco se hace referencia a “ciudades violentas”, sino de “plazas calientes”.

“Esto quiere decir que se está normalizando lo anormal”, esgrime.

Cree que en el país se está creando una especie de “síndrome de Estocolmo”, es decir, una fascinación por nuestro secuestrador, y que en lugar de rechazar que la sociedad es víctima del secuestro del espacio público, incluso por el Ejército, es aceptado.

“El uso del lenguaje es “inocuo”, no es neutro, y como periodistas y, hemos interiorizado un lenguaje que tiene mucho de policiaco, ministerial y delincencial”, agrega Lara Klahr.

Hay una teoría, explica, a la que se le denomina de “etiquetamiento social”, que dice que cuando se nombra algo se le confiere una serie de atributos.

Unificar términos

La doctora María Eloísa Quintero, profesora e investigadora del Instituto Nacional de Ciencias Penales (INACIPE), reconoce que cuando se hace referencia al concepto de crimen organizado, en muchas ocasiones se utiliza la terminología de manera laxa.

Quintero cree en la necesidad de contar con un lenguaje jurídico común, que permita hacer más eficiente la cooperación, ya que lo que en México es, por ejemplo, crimen organizado en otro país no lo es.

“Ahí hay un problema de lenguaje, porque si bien nos estamos refiriendo al mismo fenómeno criminal, no se está hablando de la misma figura delictiva”, explica la doctora.

Además afirma que incluso en el plano internacional, para que haya una perfecta cooperación, tiene que haber un lenguaje común jurídico, y que en ese sentido se está trabajando con el Sistema Integral de Centroamérica.

Esto porque se advirtió que en las tareas de cooperación en materia de combate al crimen organizado y a todo este fenómeno criminal, se estaba dando por sentado que todos hablaban de lo mismo desde el punto de vista jurídico, pero que no era así.

“En México existe una definición clara de lo que implica delincuencia organizada, pero hay que aclarar que no en todos los países se le da el mismo trato desde el punto de vista jurídico”, dice.

Quintero explica, en referencia a los términos que se utilizan en México, que se incurre con frecuencia en errores, por ejemplo, cuando se habla de un “testigo protegido”. Dice que la mayor de las veces se trata de un “testigo arrepentido”, quien también tiene información que puede aportar a la autoridad, por haber estado vinculado al crimen organizado, sin que ello, signifique que vaya a ser absuelto.

Notas

ⁱ Recipiente plástico grande que sirve para almacenar líquidos.

ⁱⁱ Nótese la comparación por la apariencia de la droga, en los casos de *harina y blancanieves* y el carácter genérico en *mercancía*.

ⁱⁱⁱ Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) son un grupo guerrillero de izquierda que nació en los años 60 como oposición al gobierno de la época pero que hoy en día también se dedica a la producción y tráfico de estupefacientes. Aunque este grupo está diseminado por todo el país, tiene una gran operación en el Caquetá y el sur de Colombia en general.

^{iv} Véase Apéndice A.

^v Véase Apéndice B.

^{vi} Véase Apéndice C.

^{vii} Véase Apéndice D.

^{viii} Véase Apéndice E.

Recebido para publicação em 10-09-12; aceito em 13-10-12